

Biblioteca-Films

N.º
195 **El Reporter de Hollywood** 25
CTS.



**Frank
Merrill**

Peggi
Montgomery

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

Distribución, Administración y Talleres

VALENCIA, 224

Centro de Repartos de Publicaciones

BARCELONA, 9

AÑO IV



Teléfono núm. 958 G.

BARCELONA

Núm. 191



APARECE TODOS LOS MARTES

E REVISADO POR LA CENSURA PREVIA E

El Repórter de Hollywood

Narración novelada de la misma película,
interpretada por el célebre actor

FRANK MERRILL

Exclusiva: F. Trián, S. en C.

Consejo de Ciento, 261 - Barcelona

REPARTO

Gerardo Hudson **FRANK MERRILL**
Teresa Manning **Peggy Montgomery**

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

PRIMERA PARTE

La Redacción del "Morning Express", en Hollywood, tiene a todas horas una febril actividad de colmena. Las rotativas, esos colosos de acero, no descansan un momento, imprimiendo a diario las noticias más sensacionales del mundo, que son ávidamente leídas por todos, hombres de política, comerciantes, trabajadores...

Entre el personal que compone la Redacción está Benjamín Crossler, repórter fotográfico del periódico. En el fondo es un buen muchacho, aunque tiene el defecto de ser un poquitín vanidoso, se cree un águila, para rapiñar noticias, cuando no pasa de ser un solomnísimo ganso.

Acababa de entrar en la Redacción cuando se le acercó uno de los "botones" y le dijo:

—Hace un rato que el señor Maning lo está llamando. Ha dicho que cuando venga pase usted inmediatamente.

—Oye, pequeño, ¿tú sabes si está de mal genio?

—Yo creo que el día de sus cumpleaños no debe ser hoy, precisamente—respondió el muchacho, alejándose.

La pregunta de Crossler tenía su fundamento. Cuando Maning llamaba con tal precipitación a uno de sus empleados era señal de que la bronca que se avecinaba era infalible. Pero como tarde o temprano tenía que ser, el buen Crossler entró al despacho de su jefe y se presentó diciendo:

—Me han dicho que me llamaba usted...

El propietario del "Morning Express" levantó la cabeza y, al ver que era su fotógrafo, cogió una fotografía que había sobre la mesa y le preguntó:

—¿Esta fotografía la hizo usted?

—Sí, señor. ¿Cree usted que no está bien?

—Claro que está bien... muy bien para tirarla a la basura—exclamó Maning.

Al oír la exclamación de su jefe, Benjamín Crossler se preparó para la ríspica que se cernía sobre su cabeza, pero afortunadamente lo libró del suplicio la entrada de Humberto Durn.

Basilio Maning, propietario del "Morning Express", era un hombre de una acrisolada honradez, que en las columnas de su periódico, cayese quien cayese, defendía siempre la moralidad en la administración pública.

Desde hacía días venía haciendo una campaña favorable acerca de cierta honorable personalidad, para el nombramiento de alcalde, y, naturalmente, a su inesperado visitante, Humberto Durn, un sujeto que acostumbraba a pescar en las aguas turbias de la política, tal rectitud de principios no le hacía ni pizca de gracia.

Tan pronto como tomó asunto se encaró con el dueño del diario diciéndole:

—Este periódico apoya la candidatura de Kerry para alcalde, ¿verdad?

—En efecto —contestó Maning—. Kerry representa la honradez y la actividad, que es lo que Hollywood necesita.

—Le aconsejo, por su bien, que cese en esa actitud y apoye desde hoy mi candidatura.

Lo que usted me pide es un imposible, Durn. Yo no puedo engañar al público, ni faltar a mis ideas políticas —exclamó Maning.

—¡A mí me importa poco todo eso! —le contestó su interlocutor—. Lo único que le recomiendo es que haga lo que le digo. ¡Ya sabe que puedo mandar en vez de aconsejar! No olvide que está usted en mi poder.

—¡Usted no se atreverá a hacer público mi secreto! —protestó indignado Maning, a lo que contestó Durn tranquilamente:

—Cuando alguien trata de echarme la zancadilla, soy capaz de todo.



—Pero Teresa tenga usted en cuenta que yo la amo.

Mientras tenía lugar esta conversación, en la mansión de Maning, donde esa linda generosa que es la Riqueza, había reunido cuantas cosas gratas ofrece la vida, se celebraba una fiesta íntima, entre cuyos invitados, a pesar de no haberlo sido, se hallaba el simpático Gerardo Hudson. Joven, rico, decidido y optimista, se había elegido a sí mismo, aun cuando ella no lo había aprobado todavía, en futuro marido de Teresita Maning, la hija del editor. Sus diez y ocho años y su cabecita ligera le hacían ver el cansa-

bido "valle de lágrimas" a través de un prisión que lo convertía en jardín de risas.

En aquella reunión, Gerardo era el alma de la fiesta. Pertenecía a una de las principales familias de Hollywood, lo que le permitía ser bastante conocido y sus originales ocurrencias eran aplaudidas por todos, que veían en él un cuerpo de hombre y un alma de niño.

No tardó mucho tiempo en revelar su presencia en el salón, llamando la atención de todos los concurrentes, diciéndoles:

— ¡Señoras y caballeros! Quizá ustedes ignoren que soy un transformista estupendo, y voy a demostrarlo ahora mismo. Mi primer trabajo será una imitación de Napoleón. Desapareció inmediatamente y a los pocos segundos se presentó caracterizado de tal forma, que el más célebre historiador francés lo hubiera confundido con el famoso emperador.

De esta forma fué haciendo varias transformaciones, entre las risas y aplausos de la concurrencia, hasta que se acercó a él Teresa y llevándose a un lugar aparte le dijo:

— ¿Cómo se ha atrevido usted a venir, Gerardo? ¿No sabe usted que mi padre no quiere verle por casa?

— Pero Teresa, tenga usted en cuenta que la amo—contestó el muchacho apasionadamente.



— A nadie le temo, querida Teresa, como el temerme que ver la cara con su padre.

—Entonces, ¿por qué no trabaja en algo? Ya sabe que papá, por no crecerle un hombre trabajador, no le quiere por yerno... Estoy segura que nunca dará su consentimiento—respondió la encantadora joven, con cierto aire de tristeza.

—Yo le demostraré a su padre que, por usted, soy capaz de todo... ¡hasta de trabajar!... ¡Voy a verle ahora mismo!

En la Redacción del "Morning Express" la discusión entre el propietario y Durn había exaltado los ánimos de uno y otro y el primero de ellos quiso dar por terminada la entrevista diciendo:

—No quiero seguirle escuchando; sus proyectos son muy buenos para sus bolsillos, pero muy malos para el porvenir de la ciudad. ¡Salga usted inmediatamente!

—¿Le pesará a usted... presidiario número 439?

Al oírse llamar presidiario toda la energía de Maning decayó en un instante y exclamó angustiosamente:

—Usted, mejor que nadie, sabe que soy inocente.

—¡Demuéstrelo, si pueda! ¡El público no verá en usted más que su uniforme de presidiario!—respondió Durn, saliendo del despacho.

SEGUNDA PARTE

Como le había prometido, Gerardo se separó de su novia diciéndole:

—A nada le temo, querida Teresa, como el tenerme que ver cara a cara con su padre, pero voy a demostrarle que, por su amor, soy capaz de las mayores heroicidades.

Humberto Durn era lo bastante infame para abandonar a una mujer, cuando ya nada decía a sus sentidos, después de haberle dado palabra de matrimonio y su víctima actual era la pobre Margarita Lartam, quien en vano intentaba despertar la compasión de Durn diciéndole:

—No me abandones, Humberto... te lo pido por nuestro amor de otro tiempo.

—Es inútil que insistas—exclamó Durn—. Ahí tienes esos billetes para que vivas, como mejor puedas.—Y le arrojó un puñado de billetes que la infeliz joven rechazó diciendo:

—Así no puedo, ni quiero vivir, tú lo sabes... y en vez de cumplir la palabra que me diste, me ofreces dinero, como si la honra se

pudiera pagar... ¡No, no es tu dinero lo que quiero, sino tu cariño!

Margarita Lartam, tenía la desgracia de amar, con un afecto puro y desinteresado a aquel miserable, que en muchas ocasiones había llegado incluso a maltratarla y para impedir que la abandonara se abrazó a él, con la desesperación de un náufrago a la tabla salvadora.

El carácter impulsivo de Humberto Durn no se detenía en contemplaciones de ningún género, y para librarse de Margarita la arrojó violentamente contra el suelo, golpeándolo despiadadamente.

A los lamentos de la desgraciada muchacha acudió Gerardo, que casualmente pasaba por allí, y arrojándose sobre Durn, impidió que siguiera maltratando a la infeliz joven, a la vez que le decía:

—¿En qué escuela de canallas aprendió usted a tratar así a las mujeres?

—¡Y usted quién es, para meterse, donde no le llaman?—respondió Durn, haciendo ademán de abalanzarse sobre él, pero antes que tuviera lugar a ello, Gerardo le asestó un formidable puñetazo que lo hizo rodar por el suelo sin conocimiento.

—Eso para que le sirva de lección, de cómo se debe tratar a las mujeres, amigo—exclamó el joven saliendo.



— Demuéstrele usted que este hombre es un borracho y se casará con mi hija.

Entre tanto, en la Redacción de "Morning Express", Basilio Maning, entregado por completo a sus tristes recuerdos terminó diciendo, hablando consigo mismo:

—¡Si yo pudiera librar a la ciudad y librarne a mí mismo de semejante hombre!

Unos golpes dados en la puerta le hicieron salir de su meditación y preguntó:

—¿Qué hay?

Entró Gerardo y antes que pudiera decir nada exclamó Maning, sospechando que iba a hablarle de su hija.

—No hable, no me diga nada... ¡Usted no se casará con mi hija!

—Pero déjeme que yo le explique...

—No necesito que me explique nada, puesto que no debe usted ignorar que tengo razones poderosas para no aceptarlo por yerno.

Señor Maning—pudo al fin decir Gerardo—, yo quiero demostrarle que soy un hombre útil a la sociedad... ¡Pruébeme; mándeme cualquier trabajo!... Yo soy un hombre de grandes disposiciones. Sé bailar el charleston y el black-bottom, sé hacer juegos de prestidigitación, sé tocar la flauta...

—¡Eso no sirve para nada! ¡En mi familia no quiero ningún histrión!—exclamó nuevamente Maning.

Pero Gerardo, una vez metido en la trampa del lobo, como vulgarmente se dice, no quería abandonar la partida y volvió a insistir:

—Sea usted razonable, señor Maning... Lo único que le pido es que me encomiende cualquier trabajo, por difícil que sea.

El padre de Teresa, ante la terquedad del muchacho, guardó silencio durante unos minutos y luego sacando una fotografía de Humberto Durn, se la enseñó diciéndole:

—Demuéstrame usted que este hombre es un bribón, y se casará con mi hija.

Tomó Gerardo el retrato y, al reconocer a Durn, un grito de alegría se escapó de su



En el hogar de los Hudson encontró la desgraciada Margarita los consuelos que su espíritu necesitaba.

pecho. Precipitadamente le refirió lo que le acababa de suceder y terminó diciendo:

—Creo que su conducta no puede ser más reprochable y puede escribirse un artículo para echar por tierra toda su influencia.

—Esas son palabras nada más y las palabras no significan nada—contestó el futuro suegro—. Lo que yo necesito es una prueba que me permita desenmascararlo.

—¿Qué es lo que hay que hacer?—preguntó Gerardo, sintiéndose capaz, incluso de obli-

gar a Durn a que firmase el artículo de referencia.

—Eso usted ha de buscarlo—repuso Manning—; Crossler, el fotógrafo de la Redacción, estará desde ahora a su disposición, por si puede obtener alguna fotografía "interesante".

—¡Cuanto usted con ella, antes que salga el periódico!—terminó diciendo Gerardo—. Como César, podré decir: "Vini, vidi, vici".

Y Gerardito Hudson, por primera vez en su vida, empezó a trabajar, con la fe del que sabe de qué al final la recompensa es digna del esfuerzo.

Llevaba algunas horas indagando el paradero de Durn, cuando de pronto vio a una mujer y se puso a seguirla diciéndose:

—¡Caramba! ¡La mujer misteriosa de Durn!

Ella vio entrar en una casa de aspecto algo sospechoso y descubrió a Durn que hablaba con Margarita, que nuevamente le suplicaba:

—Perdóname que te importune, Humberto... pero yo no me resigno a perderte, no puedo.

El seductor, otra vez la separó de su lado violentamente y Gerardo, compadecido del infortunio de la muchacha, la recogió y se la llevó a su casa, creyendo a la vez que ella podría darle algunos detalles de la vida misteriosa de su amante.

TERCERA PARTE

En el hogar de los Hudson encontró la desgraciada Margarita los consuelos que su espíritu tanto necesitaba y la joven, al verse tratada con tanta bondad, exclamó, besándole la mano a la madre de Gerardo:

—¡Yo no sabía que hubiera en el mundo personas tan buenas como usted, señora!

Pasada la efusión de los primeros instantes, Gerardo le dio cuenta a su madre de la entrevista que había tenido con Manning diciéndole:

—El padre de Teresa me ha confiado una delicada misión. Debo desenmascarar a ese Humberto Durn.

—Si usted me lo permite—intervino Margarita—le diré algo importante acerca de él.

—Precisamente iba a suplicarle que lo hiciera—repuso Gerardo.

Entonces, la despechada mujer fué refiriendo la vida de su amante, desde que ella lo conoció y acabó su relato diciendo:

—El sitio de donde usted me recogió es la casa de juego de Humberto, que funciona a espaldas de la ley.

—¡Ahora mismo voy a la Redacción, para que venga conmigo Crossler y obtener una fotografía!—exclamó Gerardo, sin poder contener su impaciencia.

Un poco después, Benjamín Crossler daba al novel repórter y a su principal una amplia sesión de fotografía, hasta que su jefe le dijo:

—¡No sea usted imbécil! ¡Todos sabemos cómo se hace un retrato! De lo que se trata, es de que obtengan ustedes una fotografía de la casa de juego de Durn a tiempo, para que aparezca en nuestra primera edición.

—¡Tendrá usted esa fotografía, señor Manning!—prometió Gerardo, saliendo acompañado del fotógrafo.

Algunas horas después, Basilio Manning estaba tan sumido en los funestos recuerdos que atormentaban su vida, que su hija no pudo menos que observarlo y le preguntó:

—¿Qué te sucede, papá?

—Nada, hija mía—contestó su padre, intentando tranquilizar a su hija, que volvió a decirle:

—¡Acaso no te merezco confianza para hacerme participar de tus penas, lo mismo que de tus alegrías!

—Llevas razón, todo te lo diré—exclamó

Manning, suspirando como quien se quita un enorme peso de encima.

—Teresa, estoy atravesando un momento crítico y voy a decirte lo que hasta ahora he procurado que ignoraras. ¡Humberto Durn sabe que soy... que yo fui... un presidiario!

—¡Tú! ¡Eso no es verdad!—protestó enérgicamente Teresa.

—Sí, hija mía—continuó diciendo su padre—. Hace años, antes de morir tu madre, eras tú muy pequeña, cuando se presentó en mi casa un hombre que se fingía amigo mío diciéndome: "¡Acabo de robar, Manning! ¡No me entregue a la policía!... ¡Ha sido la desesperación... mi mujer y mis hijos tenían hambre...!".

—¿Por qué no me buscastes, como otras veces, Guillermo?... Sabes que siempre te he ayudado—le contestó.

La policía había seguido sus pasos, el infame se ocultó y yo fui condenado por un delito que no había cometido.

—¡Eso es horroroso!—exclamó Teresa llorando.

—Así es, y ahora Durn quiere convertirme en instrumento de sus planes malvados, con la amenaza de pregonarlo todo si me niego.

Al terminar su narración, el pobre Manning permaneció con la cabeza oculta entre las

manos, procurando ocultar las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, mientras que su hija, acariciándolo con toda la ternura que sentía su alma por el autor de sus días, procuraba consolarlo diciéndole:

—Ten esperanza, papá. Ya verás cómo, al final, todo se arreglará.

¡No haga Ud. el ridículo en el baile!

Si desea seguir la moda y hacerse interesante en la sociedad, aprenda el

CHARLESTON

PRECIO

25 cts.

MÉTODO PRÁCTICO Y SENCILLO

SEGUNDA EDICIÓN

Pedidos a BIBLIOTECA FILMS
APARTADO 707 BARCELONA

CUARTA PARTE

Desde hacía algunas horas, Gerardo y Crossler rondaban la casa de juego de Durn, cuando vieron salir a unos sujetos, cuyos aspectos no era nada tranquilizadores, y los periodistas, sospechando que eran cómplices de Durn, comenzaron a seguirles los pasos. Uno de éstos, al advertir la persecución de que eran objeto le dijo a otro compañero:

—Esos pájaros me parecen sospechosos... Si nos siguen, yo le prometo que se van a ver negros.

Dieron varias vueltas por las calles próximas y al convencerse de que evidentemente eran seguidos exclamó el que primero había hablado:

—Vamos a deshacernos de estos puntos. Uno de ellos es el repórter que Durn nos ha ordenado que lo suprimamos.

Fueron acortando el paso y al volver una esquina se escondieron esperando que pasasen los periodistas para caer sobre ellos.

Con lo que no habían contado era con la fuerza extraordinaria de Gerardo, que de un puñetazo se deshizo de su enemigo y a partir desde aquel instante, aquello se convirtió en un verdadero "match" de boxeo, al que puso fin la intervención de la policía, llevándose detenidos a dos de los hombres de Durn.

La casa de juego de Humberto Durn, el lugar donde Gerardo iba a debutar como repórter, era uno de esos garitos que viven a espaldas de la ley y en los que lo mismo se juega, que se plantea un robo, o se comierte un crimen.

En este ambiente, como puede suponerse, sólo podían vivir hombres de conciencias tan poco escrupulosas como la de Durn, que reinaba sobre ellos como dueño y señor absoluto.

Como un general en jefe, tenía a sus órdenes inmediatas una especie de estado mayor, formado por hombres decididos y capaces de todo con tal de cumplir las órdenes de su jefe. Eran muñecos de carne sin voluntad que él manejaba a su gusto. Entre éstos figuraba aquel Guillermo, autor del delito por el que se había condenado a Basilio Maning, quien, momentos después de la pelea de sus compañeros con los periodistas se acercó a su jefe diciéndole:

—Bernardo acaba de telefonarme de que

Blake y Maty han sido cogidos por la policía cuando intentaban hacer desaparecer al repórter.

Durn lanzó una exclamación de rabia e inmediatamente le ordenó:

—Haz que esté bien vigilada la casa, y si ese repórter se acerca, nada de contemplaciones.

Iba a marcharse Guillermo, cuando volvió a llamarlo su jefe para recomendarle:

—Ten presente que ese muchacho tiene una reputación de acero...

—No se preocupe, Durn, yo le aseguro que ese león dejará pronto de rugir—exclamó Guillermo, marchando a cumplir la orden.

Las horas iban transcurriendo con más rapidez que la que Gerardo podía desear y el momento de la salida del periódico se aproximaba, sin que esturiese en su poder la codiciada fotografía.

Consultó su reloj y le preguntó a su compañero:

—¿Cuánto tiempo nos queda para poder hacer la fotografía y que salga en la edición de mañana?

—Dos horas escasamente—respondió Croesler.

—Entonces vamos a entrar inmediatamente en la casa de Durn.

Al observar el gesto de asombro del fotógrafo, le preguntó:

—¿Acaso tiene usted miedo de entrar?

—A entrar precisamente, no... el miedo es el estar dentro. Piense que ahí hay un puñado de hombres dispuestos a darnos un disgusto y que además una fotografía necesita su preparación, para que salga clara y detallada.

—No diga usted tonterías, Crossler, y vamos al grano. Usted prepare la máquina y entre detrás de mí. Yo daré un grito de ¡fuego! ¡la policía!, o algo parecido y usted aprovecha ese momento para la instantánea.

A pesar de las precauciones de Durn, nuestros dos amigos pudieron burlar la vigilancia y preparados tal como lo habían convenido entraron en la casa de fuego.

Antes que se diera nadie cuenta de su presencia, Gerardo gritó:

—¡La policía!

La exclamación produjo el mismo efecto que si hubiera estallado una bomba y todos los presentes se volvieron hacia donde estaba el muchacho.

Crossler aprovechó este momento para hacer la fotografía y Gerardo quiso salvar la situación diciendo a la vez que fingía reírse del pánico de los demás:

—No asustaros, amigos. Todo ha sido una broma.

Volvieron nuevamente al juego, refunfu-

ñando algunos por la broma y otros sin darle importancia.

Verdaderamente la cosa no había podido salir mejor, pero Durn, que desde un lugar aparte había presenciado la maniobra de Crossler, exclamó, cerrándoles la salida, de un salto a los periodistas:

—¡Mil dólares al que destruya esa placa!

Como una tromba se arrojaron todos sobre los dos repórters y Gerardo se multiplicaba propinando puñetazos. Parecía un nuevo Titán ante cuyo empuje no había obstáculo que no cediese.

Por fin, después de una lucha desesperada consiguieron los dos amigos ganar la puerta y subir en un auto, emprendiendo una carrera desenfrenada.

—¡Dos mil dólares al que me entregue la placa!—volvió a gritar Durn, convencido de que, ante aquella recompensa, sus hombres se apoderarían de Gerardo y llamando a Guillermo le dijo:

—Tú ven conmigo a la Redacción del "Morning Express"; es necesario de que el periódico salga sin esa fotografía.

Mientras tanto Basilio Maning, esperando la vuelta de Gerardo ordenó:

—Hay que retrasar la tirada del periódico cinco minutos. Espero un original de muchísimo interés. Mañana es día de elecciones. Si

la fotografía que espero no llega a tiempo para la primera edición, todo se ha perdido.

—Si quiere usted creerme, señor Maning, haga salir el periódico. La fotografía no estará hoy ni mañana en su poder—respondió el encargado, que no tenía ninguna confianza en Gerardo y menos aún en Crossler.

Coleccione usted

Cuentos Cinematográficos



10 cts.

que aparece cada sábado

QUINTA PARTE

En esta situación se hallaban, cuando entró Durn violentamente en el despacho de Maning y le dijo:

He venido para ordenarle, ya que no quiere atender mis consejos, que tire inmediatamente la edición de mañana.

—No siento mucho, Durn—repuso Maning—. El periódico no saldrá hasta que yo reciba una noticia extraordinaria que espero.

—Es inútil que espere usted más tiempo. Mis hombres tienen en su poder a sus reporteros—exclamó Humberto, cada vez más excitado.

—Y yo le digo que esperaré, aunque no salga mañana el periódico.

A la vez que en la Redacción del "Morning Express" se desarrollaba la escena que acabamos de relatar, Gerardo Hudson y su compañero Benjamín Crossler, perseguidos por los cómplices de Durn, continuaban su desesperada carrera.

Me parece que en vez de la fotografía, vamos a salir nosotros en la página de sucesos, si seguimos a esta velocidad—exclamó

Crossler, agarrándose cada vez más fuerte al asiento del coche.

—No tenga cuidado que lo *único* que nos puede pasar es que nos estrellamos—respondió Gerardo, riéndose del miedo de su amigo y seguro de la confianza que tenía en sí mismo.

—Es que es lo *único* que no quiero que nos suceda. No sabe usted lo bien que me encuentro con esta cabeza, a pesar de que dice el señor Maning que no tengo dentro más que serrín—contestó Crossler, más muerto que vivo.

Por fin habían logrado dejar atrás a sus perseguidores y cuando entraron en la Redacción Durn amenazaba a Maning diciéndole:

—¡Usted pone en marcha las máquinas ahora mismo, o...!

—¡Alto!—gritó Gerardo desde la puerta—¡Que no salga todavía el periódico! ¡Aquí está la fotografía!

Quillermo que se había quedado en la puerta para guardarle las espaldas a su jefe, quiso impedir que Gerardo entrase en el despacho y lo único que consiguió fué que Maning lo reconociera y exclamase:

—¡Este es el hombre por quien yo estuve en presidio!

Humberto Durn vió el pleito perdido y comprendió que en aquella situación lo más acer-

tado era poner tierra de por medio. Intentó huir, pero Gerardo lo detuvo y le dijo:

—No tan de prisa, amiguito... Usted se viene conmigo a mi casa. Tiene usted allí un deber que cumplir...

En el mismo auto en que había huido lo condujo a su casa y llamó a Margarita diciéndole:

—Aquí tiene usted a Durn que viene a casarse.

—¡Gracias, gracias, Dios mío!—exclamó la joven al ver por fin realizado su deseo.

—Le advierto que me casaré con ella porque quiero... no porque usted me lo mande—contestó Durn, que arrepentido de su vida anterior, atraído hacia él a su antigua novia y estrechándola contra su pecho le dijo:

—Estaba ciego, Margarita... La felicidad la tenía a mi lado y no la veía.

Al día siguiente la candidatura de Durn había sido retirada y Kerry salía victorioso en las elecciones.

En el domicilio de Basilio Maning, le refería éste a su hija el comportamiento de Gerardo diciéndole al final:

—Nunca pude sospechar que Gerardo Hudson fuera un hombre tan activo. En pocas horas ha logrado salvarme de las amenazas de Durn y dejarlo en mi poder. Por fin podré respirar tranquilo y todo se lo debo a él... Por mi parte estoy desearo verlo para en-

mendar mi error y dar el consentimiento para vuestra boda.

Aunque nada le había dicho a su padre, Teresa sabía por Gerardo la misión que se había propuesto llevar a cabo y al conocer el feliz resultado que había tenido la audaz empresa, se abrazó al señor Maning, exclamando loca de alegría:

—¡No puedes imaginarte qué feliz soy, papá! ¡Amo a Gerardo con toda mi alma y estaba segura de que por mí haría todo lo que se le exigiese!

El padre, al ver la inmensa satisfacción que se reflejaba en el rostro de Teresa, la besó paternalmente y la misma emoción de que se hallaba poseído sólo le permitió decir:

—¡Hija mía, los dos os merecéis ser muy felices!

Algunas horas después, en la suntuosa mansión de los Maning, todo era alegría y regocijo. Se celebraba una boda en la que, a pesar de la riqueza de los novios, no había intervenido más intereses que el amor noble y puro de dos corazones, que desde hacía tiempo estaban unidos por un mismo afecto. Eran Teresa y Gerardo que en sagrado lazo se prometían pertenecer eternamente.

Ni aún en aquel instante de dicha suprema, el corazón bondadoso y caritativo de Gerardo se olvidó de un pobre ser, que, sin más amparo que él, esperaba aquel momento de



Pero ahora era un nuevo y activo Gerardo el que se le presentaba.

su vida con todas las ansias de su alma enamorada.

Gerardo creía, más bien estaba seguro de la regeneración de Humberto Durn, pero aún así y más que nada por el deseo de presenciar la dicha de Margarita se había llevado a ésta y a Durn a la casa de Maning, con el fin de que se celebrase allí la boda.

Cuando el pastor terminó la ceremonia, uniéndolo con Teresa, lo detuvo diciéndole:

—Reverendo, no se vaya todavía, que hay otra boda.

—¿Otra?—preguntó extrañado el pastor.

—Sí, señor—repuso Gerardo, señalando a Margarita y a Durn—. Tiene usted que casar a estos dos, pero hágalo bien para que no puedan separarse más.

Teresa se quedó mirando extrañada a su novio, sin poderse explicar el interés que Gerardo se tomaba por aquella desconocida y le preguntó:

—¿Qué significa esto, Gerardo?

—Esto es la felicidad de esta muchacha, que se la ha ganado a fuerza de cariño y de sufrimientos.

En pocas palabras le refirió cómo la había conocido, la vida que había llevado hasta que él la encontró y por último la satisfacción que sentía por cumplir con aquel deber humanitario.

—Pero ¡tan mal la trata, porque la obli-

gas a que se case con él!—volvió a preguntarle Teresa.

—Porque ahora estoy seguro de que Durn aborrece la vida que ha llevado hasta ahora y los dos serán felices con esta unión—contestó Gerardo.

Hasta entonces no había podido sospechar Teresa toda la bondad que se ocultaba en el alma de su novio. Lo había creído un muchacho bueno, incapaz de hacer ninguna mala acción y enamorado de ella.

Pero ahora era un nuevo Gerardo el que se le presentaba, un nuevo Gerardo activo y capaz de las mayores sublimidades; y al comprenderlo su corazón, lleno de amor se sintió orgulloso de su dueño. Se acercó a él y sonriéndole mimosa le ofreció sus labios de corales en los que Gerardo libó la felicidad anhelada desde tanto tiempo.

FIN

PRÓXIMO MARTES

ACONTECIMIENTO

T O M M I X

en la emocionante novela de aventuras

Venciendo abismos

IIacontecimiento SensacionalII

LEA USTED

en la sugestiva publicación

FILMS DE AMOR

la adaptación cinematográfica de la
gran novela del mismo título, primer
gran éxito de la temporada 1937-38

Los Cadetes del Czar

Vigoroso drama de gran interés
por los célebres y mimados artistas

Irene Rich - Conway Tearle

Jane Winton - Stuart Holmes

John Miljan

— Postal: —

DOROTHY SEBASTIÁN

50 céntimos

SIEMPRE LOS PRIMEROS ÉXITOS EN

Biblioteca Films y Films de Amor

PIDA EL NUEVO CATALOGO

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

001 891 (195)

CINE FOLLETIN

LEA USTED la obra de
interés vibrante y emotivo

LA ESPOSA INDIGNA

Inspirada en la sensacional novela
del celeberrimo literato francés

JEAN CASAGNE

cuyo fulgurante éxito ha sorprendido

• • •

TÍTULOS DE LOS FASCÍCULOS

*Amor y Dinero — La Virgen Enamorada — Vileza y Heroísmo —
El Matre II — El gran chantaje —
La Columna — La Tempestad — Amor*

La obra completa **75 céntimos**

128 páginas de abundante texto

Pedidos: **BIBLIOTECA FILMS**

APARTADO 707 — BARCELONA